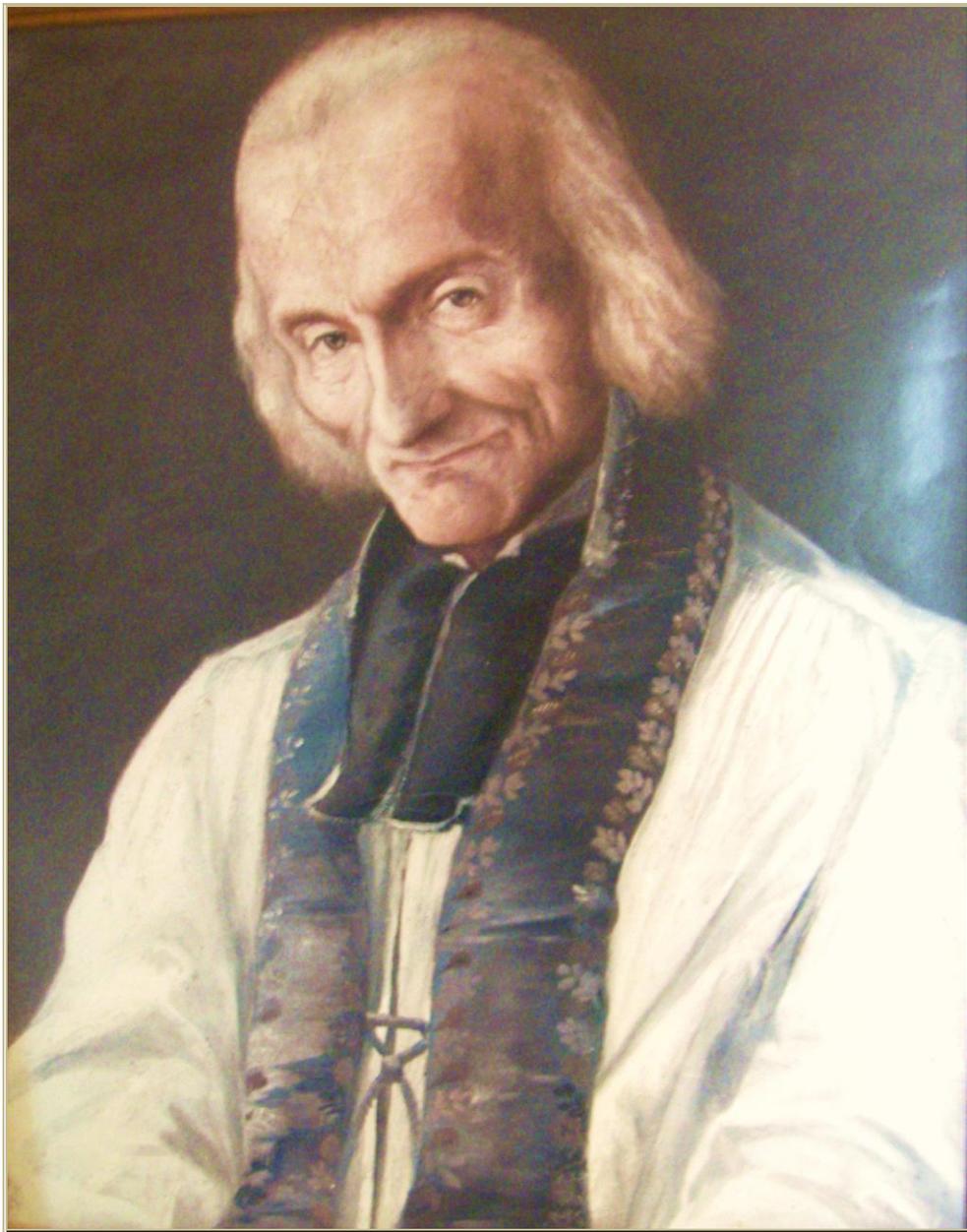


SAN JUAN MARÍA BAUTISTA VIANNEY

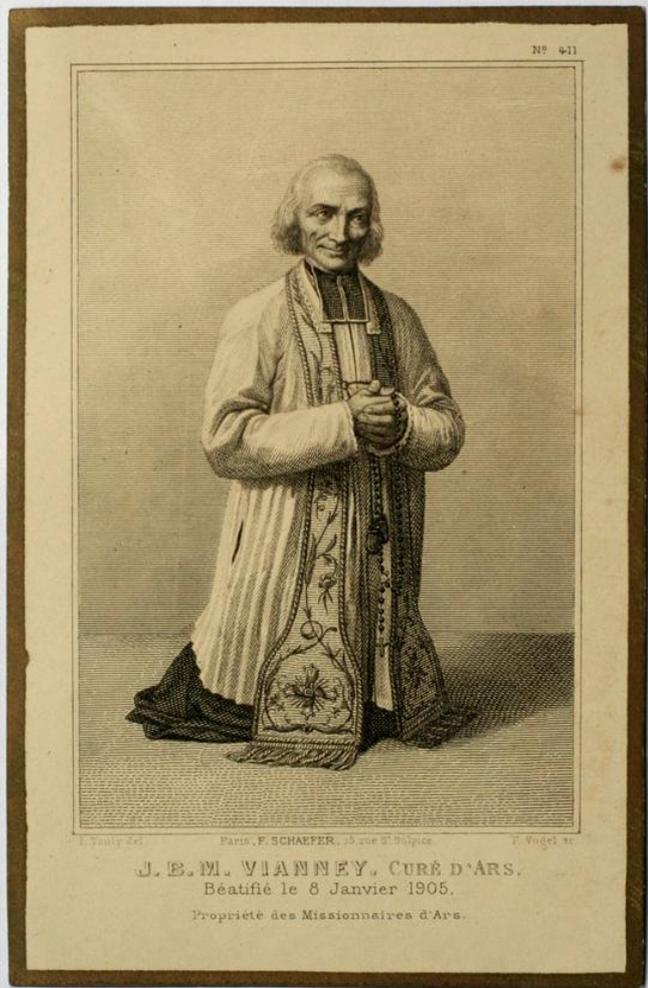
1786-1859

Fiesta 4 de Agosto



PREAMBULO

San Juan María Vianney llamado el Cura de Ars, fue un sacerdote diocesano miembro de la Tercera Orden Franciscana, de inteligencia limitada, tuvo que afrontar innumerables obstáculos hasta que pudiera ordenarse de presbítero. No obstante logrado el sacerdocio, demostró con una



activa predicación, mortificación, oración y gran caridad, un enorme celo por la salvación de las almas; sus catequesis y su extraordinarias cualidades como confesor, hicieron que el sencillo pueblo de Ars –una pequeña villa francesa-- sufriera una profunda transformación, convirtiéndose en el centro de la vida religiosa de toda Francia y el sitio de frecuentes peregrinaciones de innumerables peregrinos que buscaban al Santo Cura para pedirle su bendición, sus sabios y santos consejos o poder ser perdonados sus pecados en su famoso confesionario que todavía se puede ver como reliquia en Ars.

Entre el año de 1818 y el 1859, su nombre estuvo en los labios de miles de personas, y tan grande era la afluencia de peregrinos, que la compañía de trenes que servía el distrito, tuvo que abrir una oficina especial en la ciudad de Lyon, para ordenar el tráfico entre esta gran ciudad y el pequeño pueblo de Ars. ¿El causante de todo esto? un sencillo y sin embargo incomparable sacerdote, de quien hablaremos brevemente en esta historia: San Juan María Bautista Vianney, Patrono de los Párrocos.

Dice Lamberto de Echeverría (*El Santo Cura de Ars. Año Cristiano, tomo III, Madrid Ed. Católica (BAC 185)*) que poco importa la opinión de algún canonista exigente que dirá, a nuestro juicio con razón, que el Santo no llegó a ser jurídicamente verdadero párroco de Ars, ni aun en la última fase de su vida, cuando Ars ganó en consideración canónica. Poco importa que el uso francés hubiera debido exigir que se le llamara el canónigo Vianney, ya que tenía este título concedido por el obispo de Belley. Pasando por encima de estas consideraciones, el hecho real es que consagró prácticamente toda su vida sacerdotal a la santificación de las almas del minúsculo pueblo de Ars y que de esta manera unió, ya para siempre, su nombre y la fama de su santidad al del pueblecillo.

INFANCIA

Juan María Vianney –su verdadero nombre--, nació en el seno de una familia profundamente cristiana en Dardilly, cerca de Lyon (Francia) el 8 de mayo de 1786, siendo bautizado este mismo

día. Era el cuarto de ocho hermanos. Su padres fueron Matthieu Vianney, dueño de una finca y su madre Marie Beluze nativa del pueblo de Ecully.

La vida de este santo tuvo algunas señales que ya predestinaban su austera vida de santidad. Narra su hermana Margaret Jean-Marie que “desde muy pequeño, en el regazo de su madre una mujer muy piadosa, antes de darle la sopa, se encargaba de hacerle hacer la señal de la cruz Un día se olvidó de él, y el niño no quería comer, enseguida él acarició las manos de su madre, como para preguntarle algo. Ella se dio cuenta al final, le hizo hacer la señal de la cruz e inmediatamente se comió su sopa de buena gana. Mi madre nos contó una y mil veces esta anécdota”

Decía también del fervor que desde muy temprano tenía con la oración: “Tenía tres años, cuando una noche desapareció, nadie sabía qué había sido de él, y mi madre temía una desgracia ya que había un estanque cerca de la casa y temía que el niño se hubiera ahogado. Cuando ella fue a la granja, escuchó el susurro de alguien orando, era Jean-Marie , escondido entre dos vacas, y de rodillas, hizo su oración con devoción. ”



Su infancia fue totalmente normal, desarrollándose entre un ambiente agrícola y familiar y la oración, en el que la familia pasaba trabajando en los campos y viñedos. Nos dice otra vez Margarita que cuando estaba con él dando de comer a los animales, le decía a veces: “Estoy triste, tengo que ir al río a rezar”.

Era virtud y característica dominante en esta familia su amabilidad hacia los pobres, mendigos y necesitados; se dice que ningún mendigo fue nunca arrojado de sus puertas con las manos vacías. Fue así como en cierta ocasión tuvieron el gran privilegio de dar hospitalidad a San Benito Labre, llamado el Patrono de los mendigos, cuando éste paso por Dardilly en una de sus peregrinaciones a Roma.

Fue pastor desde muy pequeño, oficio que aprendió de sus padres cuando lo llevaban al campo a cuidar de los rebaños. El campo era su lugar preferido, las flores, los árboles, toda la naturaleza le hablaba de Dios, en quien encontraba el descanso de su corazón.

Con frecuencia se iba bajo la sombra de un árbol grande y allí, hacía como un pequeño altar donde ponía la imagen de la Virgen Santísima, que siempre llevaba y llevaría toda su vida junto a él; y a los pies de la Madre, descargaba su corazón con la confianza de un niño pequeño.

En otras ocasiones llamaría a sus otros compañeros pastores y les compartiría las cosas del Señor que aprendía de su mamá, siendo éstas sus primeras clases de catecismo que luego, diariamente compartiría con los habitantes de Ars, siendo este uno de sus más grandes ministerios como sacerdote. Tenía la costumbre de hacer la señal de la cruz, cada vez que sonaba el reloj.

Francia en esta época de 1790, estaba pasando una gran crisis -La Revolución Francesa- que con el pretexto de implantar "Libertad, igualdad y fraternidad" desató una masiva persecución que llevó a la guillotina a muchos hombres y mujeres, incluyendo a muchos sacerdotes, religiosos y religiosas.

Los sacerdotes tenían que disfrazarse, cambiando constantemente de domicilio, para poder ministrar al pueblo de Dios, que permanecía fiel. Entre estos sacerdotes se encuentran dos que serán muy importantes en la vocación de San Juan: el Padre Balley y el Padre Groboz, quienes trabajaban ambos en Eccully. Uno hacía de panadero y el otro de cocinero.

Es en este tiempo en el que Juan Bautista hace su Primera Comunión en Eccully, en casa de su madre. Buscando no llamar la atención de las autoridades, trajeron carros de heno y los pusieron frente a las ventanas y comenzaron a descargarlos durante la ceremonia para evitar conflicto. Juan Bautista tenía entonces 13 años, lo que no impedía que algunas lágrimas corrieran por sus mejillas al recibir por primera vez al Señor; durante toda su vida hablará siempre de este día y atesoraría el rosario que su madre le regaló en esta ocasión.

ESTUDIANTE

Al subir al poder Napoleón Bonaparte, gradualmente, la Iglesia obtuvo cierta libertad.

Por corto tiempo Juan Bautista asistió a una escuela de su pueblo, pero ahora que estaba creciendo, cada vez más los campos exigían de su trabajo. Fue en estas largas horas de faena en las que su convicción de ser sacerdote creció en su mente, tenía por entonces 17 años cuando se decía: *"Si soy sacerdote podría ganar muchas almas para Dios"*, y este pensamiento lo compartía con su madre, en quien encontraba apoyo, pero su padre aunque un buen cristiano le impone algunos obstáculos. Hubo que pasar dos años para que el padre aceptase las aspiraciones de su hijo de ser sacerdote; por fin el joven Juan María deja los oficios del campo y marcha a estudiar.

El Arzobispo de Lyon, quien era tío de Napoleón, sabía que su primer deber era buscar candidatos para el sacerdocio y así cada parroquia fue instruida para que se iniciase una campaña para promover las vocaciones al sacerdocio. En 1806, el párroco de Eccully, abrió en la rectoría una pequeña escuela para formar aquellos jóvenes que sintiesen la vocación eclesiástica. Era la oportunidad para Juan Bautista; podía ir a la escuela del Padre Balley y quedarse en la casa de su tía. Hasta su padre vio las ventajas de esta oportunidad y le dio el

permiso para irse. Juan Bautista tenía 20 años y aunque consciente de su limitada inteligencia, sus formadores parece que nunca dudaron de su vocación.

Sus conocimientos eran extremadamente limitados, tanto que algunos lo calificarían de torpe y estúpido, pero sin examinar exhaustivamente que se debía a su escasa memoria, porque tanto su juicio como cómo su sentido común nunca estuvieron errados. Sus escasos conocimientos estaban dirigidos a un poco de aritmética, historia y geografía, siendo el latín su gran piedra de tropiezo, resultando su aprendizaje excesivamente difícil hasta el punto de que en un momento de desesperación intentara regresar a su casa, pero la pronta y acertada intervención del P. Balley captó el peligro en el que se hallaba su estudiante, y le pidió hiciese una peregrinación pidiendo limosna a pie a la tumba de San Francisco Regis, en Louvesc. Aparentemente el santo no escucha la oración del heroico peregrino, pero si se obra un sustancial cambio en él, lo que hizo que su progreso fuese por lo menos lo suficiente para salvarlo del sentimiento de desaliento que casi logra apartarlo de sus estudios, y Juan María persiste en su meta: quiere llegar a ser sacerdote.

Es significativo señalar la gran ayuda que en materia de la gramática latina le prestara su compañero Matthias Loras, en el futuro primer obispo de Dubuque.

DESERTOR INVOLUNTARIO DEL EJÉRCITO

El insaciable gusto por el poder de Napoleón que se había lanzado a la conquista de Europa, provocó que muchos soldados muriesen en su ejército; la falta de soldados y la guerra contra España lo llevó a reclutar incluso a los estudiantes eclesiásticos que estaban por entonces exentos del servicio militar; por otra parte sus padres trataron de encontrar un sustituto a cambio de 3.000 francos, pero un muchacho que quería ser voluntario se arrepintió a última hora. Así en 1806, Juan Vianney y toda su clase fueron llamados a filas.



Transcurren dos años, es el otoño de 1809 y cuando llega el momento de la partida Juan cae enfermo y es llevado al hospital militar de Lyon, luego pasa al hospital de Ruán, y desde allí a pesar de su debilidad y convalecencia es destinado a combatir en España. Llega tarde y no puede seguir a sus compañeros, que marchan a Bayona para incorporarse. Solo, enfermo, desalentado, sumado a un recio invierno y una fiebre muy alta provocan que no pueda avanzar más, entra en un cobertizo, se sentó sobre su bolsa y comenzó

a rezar el Santo Rosario; al respecto dijo tiempo después que “Quizás nunca lo recé con tanta confianza”. Al poco tiempo se presenta un individuo desconocido que le preguntó: “¿Qué estás haciendo aquí? El joven Juan María le cuenta todo lo ocurrido, desde ese momento el extraño personaje carga con su pesada bolsa y le dice que le siga, llegan a la casa de un labrador donde pasa varios días hasta que le pasa la fiebre. Estando en la cama pasa por su mente la autentica realidad de que era un desertor sin habérselo propuesto.

Permanece oculto en las montañas de Noës junto con otros desertores que habían logrado llegar allí. El alcalde del lugar le persuade para que se quede bajo nombre supuesto como maestro,

adoptando el nombre de Jerome Vincent. Tras 14 meses puede por fin comunicarse con su familia pero su padre al saber la noticia de que era desertor se enfada y le ordena que se entregue, no obstante, la situación se soluciona porque su hermano menor se ofrece para servir en su lugar y fue al final aceptado.

En el 1810 un decreto imperial concedió amnistía a todos los desertores de los años 1806 a 1810. Juan Bautista estaba cubierto por este decreto así que era libre de regresar a casa y terminar sus estudios. La Divina Providencia y la asistencia de la Virgen lo habían salvado.

Regresó a casa pero su madre murió poco después de esta feliz reunión. Ahora tenía 24 años y el tiempo apremiaba.

DIFICULTAD CON LOS ESTUDIOS

El 28 de Mayo de 1811 recibió la tonsura. El Padre Balley, viendo esencial que fuese a tomar estudios regulares lo mandó al Seminario Menor de Verrieres.

En Octubre 1813, entró en el Seminario Mayor de Lyons. Su inadecuado conocimiento del latín le hizo imposible captar lo que los profesores decían o responder a las preguntas que le eran hechas. Al final de su primer término le pidieron que se marchara, y su dolor y desaliento eran inmensos. Por algún tiempo pensó en irse a una de tantas congregaciones de hermanos religiosos; sin embargo una vez más el Padre Balley vino en su rescate y sus estudios le fueron dados en privado en Ecculy. Pero no pasó el examen previo a la ordenación. Un examen privado en la rectoría de Ecculy probó ser más satisfactorio y fue tomado como suficiente, siendo juzgadas justamente sus cualidades morales que sobrepasaban cualquier falta académica.

Sus dificultades en los estudios preparatorios parecen haberse debido a una falta de flexibilidad mental al tratar con la teoría como algo distinto de la práctica - una falta justificada por la insuficiencia de su primera escolarización, la avanzada edad a la que comenzó a estudiar, el hecho de no tener más que una inteligencia mediana, y que estuviera muy adelantado en ciencia espiritual y en la práctica de la virtud mucho antes de que llegara a estudiarla en abstracto

El 13 de agosto de 1815, Monseñor Simon, obispo de Grenoble eleva al sacerdocio a Juan Bautista Vianney, a esa inefable dignidad de la que tan frecuentemente hablaba diciendo: "El Sacerdote solo será entendido en el cielo"; tenía entonces 29 años de edad.

Resaltaremos un hecho no circunstancial sino más bien debido al momento histórico por el que pasaba Francia en aquellos tiempos, Lyon se consideraba uno de los más vivos centros de mayor actividad religiosa de toda Francia desde donde se irradiaría una fuerte renovación de la vida cristiana; no es por ello casual que el Santo Cura de Ars coincidiera en el seminario con el Beato Marcelino Champagnat futuro fundador de los Maristas, con Juan Claudio Colín, fundador de la Compañía de María y con Fernando Donnet, futuro cardenal arzobispo de Burdeos. Tuvo contacto con las más relevantes personalidades de la renovación religiosa posterior a la Revolución francesa, la lista sería larga pero solo destacamos dos nombres importantes y especialmente significativos: Lacordaire y Paulina Jaricot.



Vista general de Ars, con la Iglesia al fondo

Su primera Misa la dijo en la capilla de Seminario en Grenoble, aquí llegó solo y también solo celebró la Misa; sin embargo el Joven cura Vianney se siente feliz al lograr coronar con éxito lo que durante tantos años deseó, el sacerdocio, eso si a cambio de mucho esfuerzo, privaciones y humillaciones. De allí parte destinado a Ecully.

En su regreso a Eccully la copa de felicidad reboseó cuando se enteró que sería ayudante de su santo amigo, maestro y benefactor el Padre Balley. Allí en este pueblo y durante 3 años, de 1815 a 1818 prosigue sus estudios, repasando la teología junto al Padre Balley al mismo tiempo que era su coadjutor. Pero las autoridades diocesanas determinaron que por un tiempo, el que luego pasaría gran parte de su vida en un confesionario, no debía ser confesor por no tener las facultades para confesar. Mas tarde, el Padre Balley habló con las autoridades eclesiásticas y el fue su primer penitente.

Su hermana Margarita decía: "él no predicaba muy bien todavía, pero la gente acudía en masa cuando le tocaba a él predicar".

En Diciembre 17, 1817, murió en sus brazos su querido amigo el Padre Balley, a quien lloró como si hubiese sido su padre. El, que era tan desprendido de las cosas materiales, hasta el fin de su vida tendría un pequeño espejo de mano que perteneció a su maestro y padre, porque él decía que "Había reflejado su rostro". Poco tiempo de la muerte del Padre Balley, M. Vianney fue asignado al pueblo de Ars, un pequeño y aislado pueblo donde se pensó que sus limitaciones intelectuales no podrían hacer mucho daño.

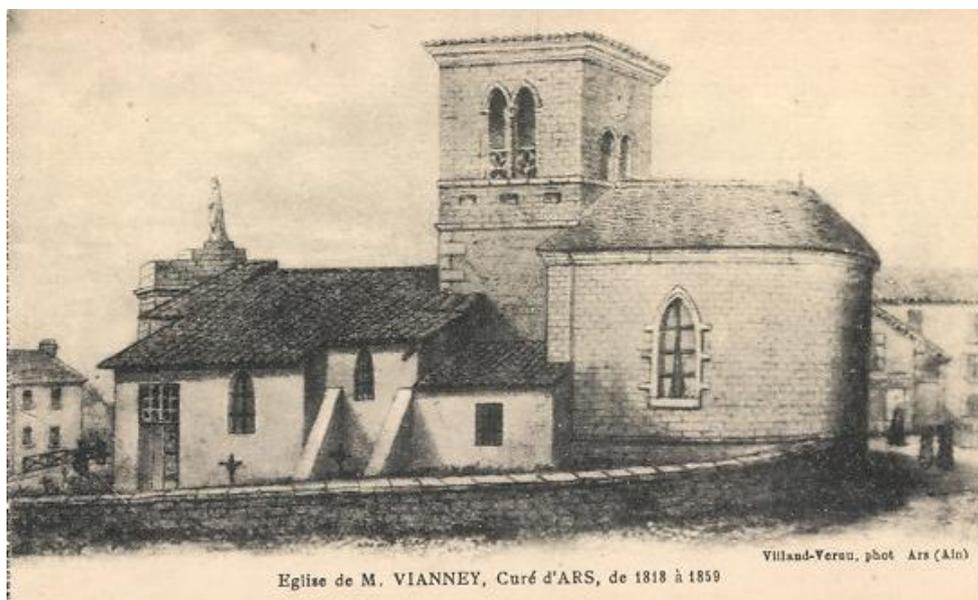
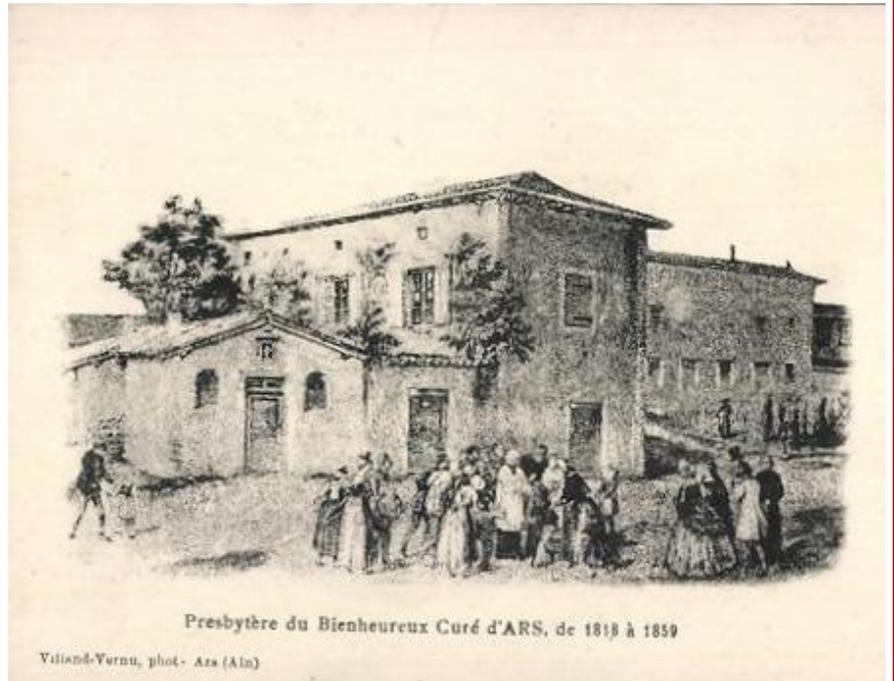
PÁRROCO DE ARS: 1818-1859

El pueblecito de Ars se encuentra en una planicie ondulada, que tiene en su centro una pequeña colina donde se encuentra la Iglesia, sirviéndole como de plataforma. En 1815 consistía en unas 40 casas. Su iglesia estaba extremadamente dañada y de igual condición estaba la rectoría, que se encontraba a un lado del valle.

En los círculos clericales, Ars era mirado como un tipo de Siberia, todavía no tenía consideración de parroquia ya que era dependencia de otra, la

parroquia de Mizérieux a tres kilómetros de distancia. La población era torpe, la desolación espiritual era aún mayor que la material.

En los primeros días de Febrero de 1818, que el Abbe Vianney recibió la notificación oficial de su traslado a Ars. El Vicario General le dijo: "No hay mucho amor en esa parroquia, tu le infundirás un poco". El 9 de febrero, M. Vianney se dirigió hacia el lugar que sería por los siguientes 41 años el lugar de su sorprendente y sin precedente actividad. Caminó 38 Km. desde Ecculy hasta Ars. Le seguían en un carretón una cama de madera, un poco de ropa y los libros que le dejó el Padre Balley. Cuando pudo divisar la pequeña villa, hizo un comentario de su pequeñez y al mismo tiempo hizo una profecía: "La parroquia no será capaz de contener a las multitudes que vendrán hacia aquí".



Los habitantes del pueblo en su mayoría buscaban los placeres del mundo y no tenían mucha fe, aunque quedaba un pequeño núcleo de personas que permanecían fervorosas, entre las cuales estaba la señora de la casa más grande de Ars, Madmoiselle de Garets, quien dividía su tiempo entre la oración y las obras de caridad.

Al llegar, su primera preocupación era la de establecer contacto con su rebaño. Visitó cada casa de la parroquia. En estos primeros días todavía encontraba tiempo para caminar por las praderas, con su breviario en las manos, y su sombrero de tres esquinas debajo de su brazo, ya que rara vez se lo ponía. Para ganar la amistad de los habitantes les visitaba casa por casa, hablaba del estado de las cosechas, del tiempo, de sus familias etc. Pero atendía paternalmente con especial dedicación a los niños, a los pobres y a los enfermos, a los que dedicaba con santo despilfarro.

Sobre todo oraba y añadía a la oración las más austeras y asombrosas penitencias. Hizo sus propios instrumentos penitenciales. Su cama era el piso ya que la cama que trajo de Ecculy la regaló, tiempo después consiguió otra.

Pasaría sin comer varios días. Hasta el 1827 no había nadie que hiciese las labores domésticas en la rectoría. Su plato principal eran patatas y en algunas ocasiones hervía un huevo. Hubo una ocasión en la que trató de vivir de hierba, pero luego confesó que tal dieta era imposible.

El decía: "El demonio no le teme tanto a la disciplina y a las camisas de pelo; lo que realmente teme es a la reducción de comida, bebida y sueño".

El Santo Cura gozaba de la belleza de las praderas y los árboles, pero amaba mucho más la belleza de la Casa de Dios y las solemnidades de la Iglesia. Empezó por comprar un altar nuevo, con sus propios ahorros, y el mismo pintó el trabajo de madera con el que las paredes estaban adornadas.

Se hizo el propósito de restaurar y dar mayor esplendor a lo que el llamaba: "Los muebles de la Casa de Dios". Para el Señor compró lo mejor en encajes, telas, tejidos para hacer las vestimentas sacerdotales, que aun se pueden admirar en Ars.

A CTIVIDAD PARROQUIAL

Ars posee ya sacerdote, y ese sacerdote sería el futuro santo que cambiaría totalmente el espíritu religioso de toda la región e influenciaría en la vida religiosa de Francia. Desde el 9 de febrero de 1818, Ars será el único sitio donde vivirá el santo por espacio de 40 años, prácticamente jamás volverá a salir de allí, aunque hubo algunas tentativas para alejarlo, y por dos veces la administración diocesana le envió el nombramiento para otra parroquia, pero siempre se interpondrá la Divina providencia que quería que San Juan María Vianney resplandeciera como patrono de todos los curas del mundo, en el marco humilde de una simple parroquia de pueblo.

La secuela más desastrosa de la revolución era la ignorancia religiosa de las personas. El santo cura resolvió hacer todo lo posible para remediar el estado deplorable de los corazones.

Sin embargo sus sermones e instrucciones le costaban un dolor enorme: su memoria no le permitía retener, así que pasaba noches enteras en la pequeña sacristía, en la composición y memorización de sus sermones de Domingo; en muchas ocasiones trabajaba 7 horas seguidas para preparar los sermones.

Un parroquiano le preguntó una vez, porqué cuando predicaba hablaba tan alto y cuando oraba tan bajo, y él le dijo: "Ah, cuando predico le hablo a personas que están aparentemente sordas o dormidas, pero en oración le hablo a Dios que no es sordo.

Los niños le daban aún más lástima que los adultos y comenzó a agruparlos en la rectoría y luego en la iglesia, tan temprano como las 6 de la mañana, porque en el campo el trabajo se inicia al amanecer. Era bien disciplinado y les demandaba que se supiesen el catecismo palabra por palabra.

En esos días, la profanación del Domingo era común y los hombres pasaban la mañana trabajando en el campo y las tardes y noches en los bailes o en las tabernas. San Juan luchó en contra de estos males con gran vehemencia.

"La taberna, declaró el santo en uno de sus sermones, es la tienda del demonio, el mercado donde las almas se pierden, donde se rompe la armonía familiar, donde comienzan las peleas y los asesinatos se cometen. En cuanto a los dueños de las tabernas, el demonio no les molesta tanto, sino que los desprecia y les escupe".

Tan grande fue la influencia del Cura de Ars, que llegó una época donde toda taberna de Ars tuvo que cerrar sus puertas por la falta de personas. En tiempos subsecuentes, modestos hoteles se abrieron para acomodar a los extraños, y a estos el Santo Cura no se opuso.

Con mucho más ahínco se propuso eliminar la costumbre de los bailes como distracción, porque bien sabía que eran fuente de caer en pecado grave. Para esto, revivió la costumbre de rezar las Vísperas del Domingo. Era tan estricto en contra de esto que hasta llegaba a negar la absolución a las personas que no desistían de tal costumbre.

Por esta razón se ganó muchos enemigos, que decían grandes calumnias en su contra sin embargo él las tomaba ligeramente y no ponía su corazón en esto.

Mientras no empezó la gran peregrinación a Ars, como vemos, Juan María se entregó personalmente a sus fieles

TRIUNFO

Pasaron dos años cuando llegó la noticia de que M. Vianney sería el Cura de Salles, en Beaujolais. Todo el pueblo de Ars estaba consternado con la noticia. Una señora de Ars, en una carta, habló de estrangular al Vicario General.

Para asegurar su futuro, el pueblo pidió que su villa fuese erigida en parroquia regular y que su párroco fuese el Cura de Ars. El Padre Vianney fue puesto como párroco, ya que hasta ese momento solo había sido capellán (los capellanes son más fáciles de trasladar que los párrocos).

Ese mismo año el Santo Cura de Ars inició los trabajos en la Iglesia. Se construyó una torre, y varias capillas laterales, entre ellas una dedicada a la Santísima Virgen, donde por 40 años todos los sábados diría Misa el santo cura. La Iglesia fue además enriquecida con muchas estatuas y cuadros.

Después de 2 años y medio, el Domingo se respetaba como el día del Señor. Todo el pueblo iba a Vísperas. El Cura de Ars amaba las ceremonias de la Iglesia. Personalmente entrenaba a sus servidores del altar. Su fiesta favorita era Corpus Christi. En este día dejaba un poco el confesionario e iba por el pueblo admirando las decoraciones; él mismo llevaba el Santísimo.

El último día de esta fiesta que celebró fue 40 días antes de su muerte y sin él saberlo el mayor del pueblo contrató una banda de música. Al primer sonido de la música se estremeció nuestro santo de alegría, y cuando todo hubo terminado no encontraba palabras suficientes para agradecer este regalo para el Señor.

Su tierno amor por la Virgen Santísima lo movió a consagrar su Parroquia a la Reina del Cielo. Sobre la entrada de la pequeña Iglesia puso una estatua de la Virgen que aún se encuentra en el mismo lugar.

Cuando el Papa Pío IX definió el Dogma de la Inmaculada Concepción, nuestro santo pidió a los habitantes del pueblo que iluminasen sus casas de noche, y las campanas de la iglesia resonaron por horas de horas. Al ver esta luminosidad desde los pueblos cercanos, pensaron que el pueblo estaba en llamas, y acudieron a apagar el supuesto fuego. Hasta el día de hoy existe un sombrero de plata cerca de la estatua de la Virgen donde están escritos los nombres de todos los parroquianos de Ars.

UNA GRAN VIRTUD: LA CARIDAD

Ars no poseía escuelas dignas de este nombre, “No había ni maestro ni maestra; en invierno, llamaban a un maestro forastero, y todos, niños y niñas acudían a una misma clase, lo que disgustaba mucho al Señor Cura”. Así fue, que se tomó la resolución de que habría dos escuelas en Ars. Quería tener buenas escuelas en el pueblo y para comenzar abrió una escuela gratis para niñas desamparadas a la que llamó " La Providence". Desde 1827 recibió como internas solo a niñas destituidas. Para ellas tenía que encontrar comida y más de una vez intervino el Señor milagrosamente, multiplicando el grano o la harina. Durante 20 años iba todos los días a cenar a esta casa.



Escuela gratuita para niñas “La Providence”

¿Pero qué iba a pasar con las niñas? De 1820 a 1823, el Rdo. Vianney maduraba el proyecto, mientras distintas personas del pueblo hacían esfuerzos por enseñarles lo básico a las pequeñas. Ya había reunido algunos recursos, y ya había elegido a las que serían las maestras, en la misma parroquia, y que serían dos jóvenes de Ars: Catalina Lassagne y Benita Lardet.

Ambas jovencitas se dedicaban al trabajo de campo, y no contaban con los estudios necesarios para el cargo de un nuevo colegio; por tanto, San Juan María Vianney las envió a Fareins en 1823, pagándoles la pensión en la casa de las religiosas de San José. En marzo de ese mismo año, el santo cura Vianney compró una casa, llamada en los documentos Maison Givre, edificada junto al crucero de la iglesia.

Para financiar esa compra, acudió a la caridad de los fieles de Ars, y también donó sus propios bienes, pues había heredado bienes de manos de su padre, Mateo Vianney, que falleció el 8 de Julio de 1819. La casa no era lujosa, era más bien pequeña, de planta baja, con una única sala, y en el piso dos habitaciones pequeñas, que en el futuro hospedaron a más de 30 niñas junto a las maestras..

La escuela gratuita para niñas inició sus clases en noviembre de 1824 en el centro de Ars; bajo la dirección de Catalina Lassagne y Benita Lardet. Juana-María Chanay, de Jassens, de 26 años de edad en aquel entonces, fue a Ars para ayudar a las jóvenes directoras, y como contaba con menos formación y menos tacto, se dedicó a enseñar trabajos manuales, costura, y además como cocinera y lavandera de aquel monasterio al aire libre

“La Providence” se convertiría en el modelo de instituciones similares establecidas más tarde por todo el territorio nacional. Era el mismo Cura de Ars quien instruyera personalmente a las niñas en el catecismo; sus enseñanzas catequéticas fueron tan populares que al final se impartían a grandes multitudes todos los días en la Iglesia.

Es en esta fundación donde se manifestó plenamente las dotes humanas y caritativas del Santo Cura de Ars, aquella casita que, sin plan determinado alguno, en brazos exclusivamente de la caridad, fundó el señor cura para acoger a las pobres huerfanitas de los contornos. Entre los documentos humanos más conmovedores, por su propia sencillez y cariño, se contarán siempre las *Memorias* que Catalina Lassagne escribió sobre el Santo Cura. A ella le puso al frente de la obra y allí estuvo hasta que, quien tenía autoridad para ello, determinó que las cosas se hicieran de otra manera. Pero la misma reacción del Santo mostró entonces hasta qué punto convivían en él, junto a un profundo sentido de obediencia rendida, un no menor sentido de humanísima ternura. Por lo demás, si alguna vez en el mundo se ha contado un milagro con sencillez, fue cuando Catalina narró para siempre jamás lo que un día en que faltaba harina le ocurrió a ella. Consultó al señor cura e hizo que su compañera se pusiera a amasar, con la más candorosa simplicidad, lo poquito que quedaba y que ciertamente no alcanzaría para cuatro panes. «Mientras ella amasaba, la pasta se iba espesando. Ella añadía agua. Por fin estuvo llena la amasadera, y ella hizo una hornada de diez grandes panes de 20 a 22 libras». Lo bueno es que, cuando acuden emocionadas las dos mujeres al señor cura, éste se limita a exclamar: «El buen Dios es muy bueno. Cuida de sus pobres».

Es “La Providence” aquella obra donde aquel cura párroco de Ars, corona la gran virtud de la caridad; la lástima que le causaban aquellas niñas huérfanas, pobres e ignorantes hizo que su corazón se entregara totalmente a dar una ayuda que solo Dios sabe, cambió la vida de las menores para introducir las como verdaderas hijas de Dios en una sociedad hostil y discriminadora, aparte de llenar no solo sus estómagos, sino su espíritu con la palabra de Dios salida de su boca en las innumerables catequesis que solo él podía atender con tanto acierto.

¿COMO ERA EL ORDEN DEL DIA DEL SANTO CURA DE ARS?



Habitación del Santo Cura de Ars



Cocina



Villand-Vernu, phot., Ars (Ain)
Mobilier et Reliques du Saint Curé d'ARS

Mobiliario y reliquias



Casa parroquial del Santo Cura de Ars

Como ya hemos dicho, San Juan María Vianney vivió sus últimos 40 años de vida en el humilde pueblo de Ars, por el iban pasando los años, pero siempre sostuvo con habitual repetición la siguiente distribución de las horas del día:

Se levantaba a la una de la madrugada para ir a la iglesia y hacer oración.

Antes de la aurora, iniciaba las confesiones con las mujeres.

A las seis de la madrugada en verano y a las siete en invierno, celebración de la Santa Misa y acción de gracias.

Posteriormente a la Misa, tiempo dispuesto para los peregrinos.

A las diez de la mañana, reza una parte de su breviario y vuelve al confesionario.

Hasta las once se queda en el confesionario, para hacer la explicación del Catecismo con explicaciones sencillísimas pero llenas de una unción tan penetrante que producía abundantes conversiones.

Al mediodía toma su frugalísima comida, frecuentemente de pie y sin dejar de atender las personas que solicitan algo del él.

Al ir y venir a la casa parroquial, pasa por entre la multitud y hay ocasiones en que aquellos metros hacen que tarde media hora en ser recorridos.

Dichas las vísperas, vuelve al confesionario hasta la noche.

Rezadas las oraciones de la tarde, se retira para terminar el breviario

Por último toma unas breves horas de descanso sobre el duro lecho, para después de despertarse aplicarse una fuerte disciplina...

Solo un prodigio natural podía permitir al Santo subsistir físicamente, mal alimentado, escaso de sueño, privado de aire y del sol, sometido a la extenuante tarea del confesionario. Pero Dios bendecía manifiestamente su actividad. El que a duras penas había hecho sus estudios, se desenvolvía con maravillosa firmeza en el púlpito, sin tiempo para prepararse, y resolvía delicadísimos problemas de conciencia en el confesionario. Es más: cuando muera, habrá testimonios, abundantes hasta lo increíble, de su don de discernimiento de conciencias. A éste le recordó un pecado olvidado, a aquél le manifestó claramente su vocación, a la otra le abrió los ojos sobre los peligros en que se encontraba, a otras personas que traían entre manos obras de mucha importancia para la Iglesia de Dios les descorrió el velo del porvenir... Con sencillez, casi como si se tratara de corazonadas o de ocurrencias, el Santo mostraba estar en íntimo contacto con Dios Nuestro Señor y ser iluminado con frecuencia por Él.

ATACADO POR LAS FUERZAS DEL INFIERNO

Era de esperarse que un triunfo tan grande de la religión así como la santidad del instrumento que Dios usó con este fin, trajese la furia del infierno. Por un periodo de 35 años el santo Cura de Ars fue asaltado y molestado, de una manera física y tangible, por el demonio.

La ocupación ordinaria del demonio, permitida por Dios hacia nosotros, es la tentación. El demonio también puede asechar las almas de diversas maneras.

a) Asedio: acción extraordinaria del demonio, cuando busca aterrorizar por medio de apariciones horribles o por medio de ruidos.

b) La Obsesión: va más allá. Puede ser externa cuando el demonio actúa en los sentidos externos del cuerpo o interna cuando influencia la imaginación o la memoria.

c) Posesión: cuando el demonio toma control de todo el organismo.

El Cura de Ars sufrió de la primera: asedio. Los ataques del demonio comenzaron en el invierno de 1824. Ruidos horribles y gritos estrepitosos se oían fuera de la puerta del presbiterio, viniendo aparentemente del pequeño jardín de enfrente. Al principio el Padre Vianney pensó que eran salteadores que venían a robar, y a la siguiente noche le pidió a un señor que se quedase con él. Después de medianoche se comenzó a escuchar grandes ruidos y golpes contra la puerta de enfrente, parecía como si varios carros pesados estaban siendo llevados por las habitaciones.. El señor André buscó su pistola, miró por la ventana, pero no vio nada, solo la luz de la luna.

Decía: "por 15 minutos la casa retembló y mis piernas también", nunca más quiso quedarse en la casa.

Esto ocurría casi todas las noches. Aún ocurría cuando el santo cura no estaba en el pueblo. Una mañana el demonio incendió su cama. El santo se disponía a revestirse para la Santa Misa cuando se oyó el grito de "fuego, fuego". El solo le dio las llaves del cuarto a aquellos que iban a apagar el fuego. Sabía que el demonio quería parar la Santa Misa y no se lo permitió.



Lo único que dijo fue "El villano, al no poder atrapar al pájaro le prende fuego a su jaula". Hasta el día de hoy los peregrinos pueden ver, sobre la cabecera de la cama, un cuadro con su cristal con las marcas de las llamas de fuego.

El demonio por espacio de horas haría ruidos como de cristal, o silbidos o ruidos de caballo y hasta gritaba debajo de la ventana del santo: «Vianney, Vianney, cura come-patatas...»

El propósito de todo esto era el de no dejar dormir al Santo Cura para que se cansara y no pudiese estar horas en el confesionario, donde le arrancaba muchas almas de sus garras. Pero para 1845 estos ataques cesaron casi por completo. La constancia de nuestro santo ante estas pruebas fue recompensada por el Señor con un poder extraordinario que le concedió de expulsar demonios de las personas poseídas.

El santo sacerdote se puede decir que pasó su vida en una continua batalla con el pecado a través de su trabajo en el confesionario. El gran milagro de Ars era el confesionario.

Miles de personas acudían al pueblo de Ars para ver al Santo Cura, pero especialmente para confesarse con él y para que dirigiese sus almas.



PEREGRINACIONES A ARS

No llevaba ya mucho tiempo en Ars cuando la gente empezó a acudir a él desde otras parroquias, y más tarde desde lugares distantes, y al final de toda Francia y de otros países.

La afluencia de peregrinos se inició en el año 1827. A partir del 1828 el Santo Cura no podía irse ni siquiera por un día.

Sin embargo, no fue exento de críticas y su práctica y amor por los pobres se le atribuyó a avaricia. Algunos críticos decían que podían ver en él rasgos de hipocresía o un deseo secreto de sobresalir. Su mansedumbre y humildad terminaron por vencer sobre sus críticos.

En una ocasión cuando su competencia profesional fue puesta en duda por algunos de sus hermanos sacerdotes, el obispo de la diócesis mandó a su Vicario General para que averiguase y diese un reporte sobre el asunto. El reporte recibido por el obispo fue más que favorable. Aquello sirvió para que quedase constancia de su vida. Se puede decir que el confesionario era su morada habitual, pasaba de 11 a 12 horas en el confesionario.

No obstante las críticas, todo lo que consiguieron fue resaltar las virtudes del santo, porque los resultados eran totalmente objetivos y palpables hasta llegar a decirse que "Ars ya no es Ars". Todos los peregrinos que llegaban al pueblecillo y venidos de todas partes imitarían con ejemplar edificación el ejemplo de Ars, donde florecían las vocaciones religiosas, se practicaba la caridad, se habían desterrado los vicios, se hacía oración en las casas y se santificaba el trabajo.

El culmen de los peregrinajes se alcanzó en 1845, llegaban de 300 a 400 visitantes todos los días. En el último año de la vida del Santo Cura el número de peregrinos alcanzó el asombroso número de 100 a 120 mil personas.

Ningún ministerio sacerdotal es tan agotador para la carne y el espíritu como el estar sentado en el confesionario.

Las personas más distinguidas visitaban Ars con la finalidad de ver al santo cura y oír su enseñanza cotidiana. El Venerable Padre Colin se ordenó diácono al mismo tiempo, y fue su amigo de toda la vida, mientras que la Madre Marie de la Providence fundaba las hermanas auxiliadoras de las ánimas del purgatorio por su consejo y con su constante aliento. Su dirección se caracterizaba por el sentido común, su notable perspicacia, y conocimiento sobrenatural. A veces adivinaba pecados no revelados en una confesión imperfecta. Sus instrucciones se daban en lenguaje sencillo, lleno de imágenes sacadas de la vida diaria y de escenas campestres, pero que respiraban fe y ese amor de Dios que era su principio vital y que infundía en su audiencia tanto por su modo de comportarse y apariencia como por sus palabras, pues al final, su voz era casi inaudible.

El cura de Ars tenía también el don de profecía. En mayo 14 de 1854, el Obispo de Ullathorne llamó a nuestro santo y le pidió que orase por Inglaterra. El Obispo de Birmingham cuenta que el hombre de Dios dijo, con convicción extraordinaria: "Monseigneur, creo que la Iglesia en Inglaterra será restaurada a su esplendor".

También tenía una gran devoción a Santa Filomena. La llamaba "mi agente con Dios". Le construyó una capilla en su honor y también un santuario.

En una ocasión cayó tan enfermo, que parecía ser su final y prometió a la santa ofrecer 100 misas en su honor en su santuario. Cuando la primera Misa estaba siendo ofrecida, entró en éxtasis, durante el cual se le escuchaba murmurar: "Filomena", repetidas veces. Cuando salió de su éxtasis exclamó: "estoy sanado", y le atribuyó su sanación a Santa Filomena.

HUIDA DE ARS

Una tentación le persiguió casi por toda su vida en Ars, y esta era el deseo de la soledad. Con toda sinceridad, M. Vianney se sentía incapaz para su oficio en Ars. El año anterior a su muerte le dijo a un misionero: "Tú no sabes lo que es pasar del cura de almas al tribunal de Dios". En el 1851 le rogó a su obispo que lo dejase renunciar. En tres ocasiones llegó hasta irse del pueblo, pero siempre regresó.

MILAGROS

Hablan los biógrafos de 3 clases de milagros registrados en vida del santo:

- 1- La obtención milagrosa de dinero para sus limosnas y alimento para sus huérfanos.
- 2- Don de profecía: conocimiento sobrenatural del pasado y del futuro.
- 3- Curación de enfermos, especialmente niños.

Sin embargo el mayor milagro fue su misma vida. Practicó la mortificación desde sus primeros años de juventud y durante 40 años su alimentación y descanso fueron totalmente insuficientes, humanamente hablando para sostener con normalidad una vida. Y con este pobre régimen trabaja incesantemente, con inagotable humildad, amabilidad, paciencia y buen humor hasta que tuvo más de setenta y tres años.

CONSUMACIÓN

Pasaron 41 años desde el primer día en el que el Cura llegó a Ars, fueron años de actividad indescriptible. Después de 1858 decía con frecuencia: "Ya nos vamos; debemos morir; y muy pronto". No cabe duda de que él sabía que su fin estaba cerca. En Julio de 1859, una señora muy devota de San Etienne vino para confesarse. Cuando se despedía de él le dijo: "Nos veremos de nuevo en tres semanas", ambos murieron en ese tiempo, y se encontraron en un mundo mucho más feliz.

El mes de Julio de 1859 fue extremadamente caluroso, los peregrinos se desmayaban en grandes cantidades, pero el santo permanecía en el confesionario. El viernes 29 de Julio, fue el último en el que apareció en la iglesia a pesar de sentirse indispuerto. Esa mañana entró en el confesionario como a la 1:00 a.m. Pero después de haberse desmayado en varias ocasiones, le pidieron que descansara. Antes de las 11:00 pidió un poco de vino, sorbió unas gotas derramadas en la palma de su mano y subió al púlpito por última vez para dar sus clases de catecismo, no se le entendía pero daba igual: sus ojos bañados en lágrimas volviéndose hacia el Sagrario lo decían todo.

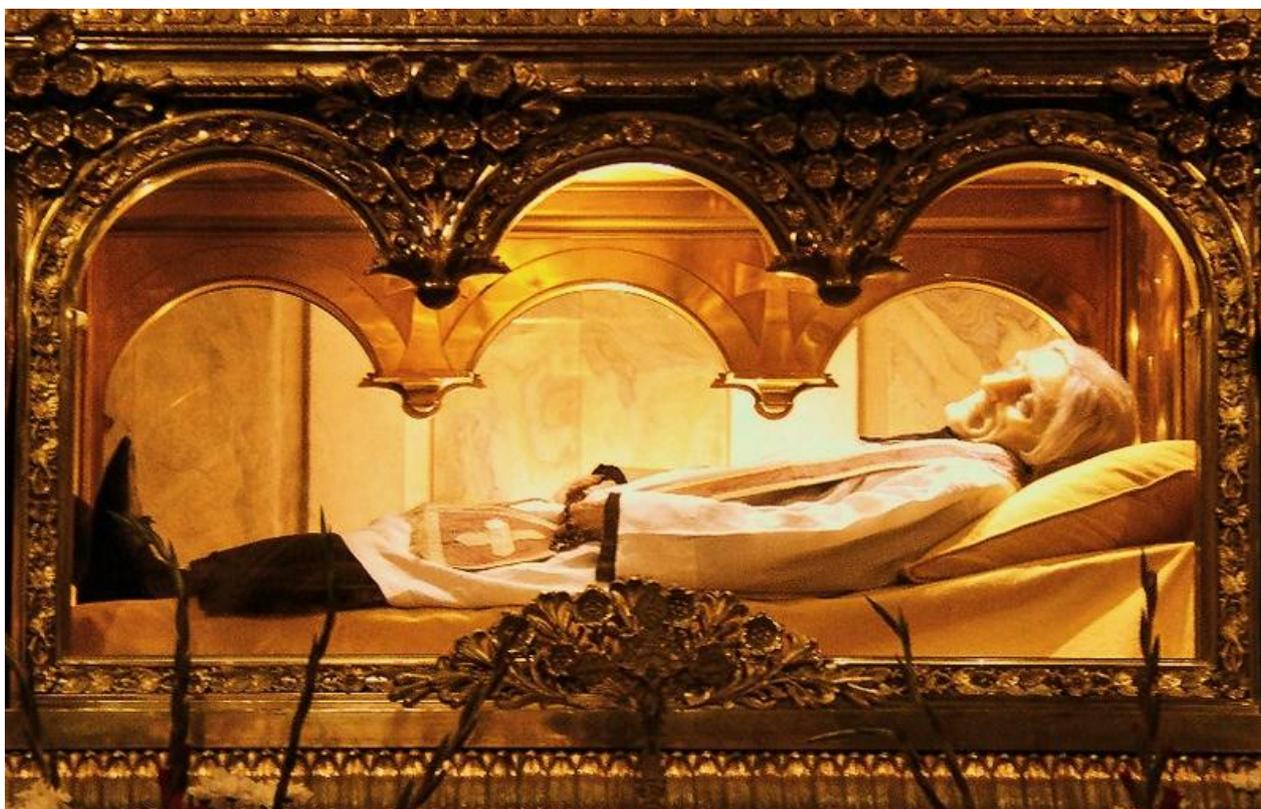
Continuó confesando, pero Esa noche con mucha dificultad pudo arrastrarse hasta su cuarto. Uno de los Hermanos Cristianos le ayudó a subirse a su cama, pero el santo le pidió que le dejase solo. , pero ya a la noche se vio que estaba herido de muerte. Una hora después de medianoche, aproximadamente, pidió ayuda: "Es mi pobre fin, el médico nada podrá hacer. Llamad al Señor Cura de Jassans". La enfermedad progresó rápidamente.

Ahora ya se dejaba cuidar como un niño. No rechistó cuando pusieron un colchón a su dura cama. Obedeció al médico. En la tarde del 2 de Agosto recibió los últimos sacramentos: "Qué bueno es Dios; cuando ya nosotros no podemos ir más hacia El, El viene a nosotros". Veinte sacerdotes con velas encendidas escoltaron al Santísimo Sacramento, pero el calor era tan sofocante que tuvieron que apagarlas. Con lágrimas en los ojos dijo: "Oh, qué triste es recibir la Comunión por última vez". Como el calor de aquel verano era insoportable se produjo un hecho conmovedor, dijo el médico que había alguna esperanza si disminuyera un poco el calor. Y en aquel tórrido día de agosto, los vecinos de Ars, no sabiendo qué hacer por conservar a su cura queridísimo, subieron al tejado y tendieron sábanas que durante todo el día mantuvieron

húmedas. No era para menos. El pueblo entero veía, bañado en lágrimas, que su cura se les marchaba ya.

En la noche del 3 de Agosto llegó su obispo para compartir su dolor. El santo lo reconoció pero no pudo decir palabra alguna. Hacia la medianoche el fin era inminente. A las 2:00 a.m. del Sábado 4 de Agosto de 1859, cuando una tormenta azotaba el pueblo de Ars, su coadjutor leía estas palabras: "Que los santos ángeles de Dios vengán a su encuentro y lo conduzcan a la Jerusalén celestial", el Cura de Ars encomendó su alma a Dios. Posteriormente y en efecto, con paz celestial, el jueves 4 de agosto, a las dos de la madrugada, mientras su joven coadjutor rezaba las hermosas palabras «que los santos ángeles de Dios te salgan al encuentro y te introduzcan en la celestial Jerusalén», suavemente, sin agonía, «como obrero que ha terminado bien su jornada», el Cura de Ars entregó su alma a Dios.

Así se ha realizado lo que él decía en una memorable catequesis matinal: «¡Dios mío, cómo me pesa el tiempo con los pecadores! ¿Cuándo estaré con los santos? Entonces diremos al buen Dios: Dios mío, te veo y te tengo, ya no te escaparás de mí jamás, jamás».



Cuerpo incorrupto del Santo Cura en la Iglesia de Ars

El 3 de octubre de 1874 Juan Bautista María Vianney fue proclamado Venerable por Pío IX y el 8 de Enero de 1905, el Papa Pío X, Beatificó al Cura de Ars; y en la fiesta de Pentecostés Mayo 31 de 1925, en presencia de una gran multitud, el Papa Pío XI pronunció la solemne sentencia: "Nosotros declaramos a Juan María Bautista Vianney que sea santo y sea inscrito en el catálogo de los santos". Tres años más tarde el mismo Pío XI lo proclamó Patrono de los Párrocos. Su fiesta se celebra el 4 de agosto.

BIBLIOGRAFÍA:

1) Enciclopedia católica aci-prensa. Susan T. Otten

Transcrito por Gerard Haffner

Traducido por Francisco Vázquez

2) Lamberto de Echeverría, *El Santo Cura de Ars*, en *Año Cristiano*, Tomo III, Madrid, Ed. Católica (BAC 185), 1959, pp. 351-360.

3) Santos y teología del corazón - San Juan María Vianney. Por SCTJM ([www. Corazones.org/santos/juan_vianney.htm](http://www.Corazones.org/santos/juan_vianney.htm))

4) <http://sanjuanmariavianney.net/la-providencia-de-ars-parte-1/>

5) <http://philippe.harambat.pagesperso-orange.fr/saints/ars/ars.htm>

6) http://www.catolico.org/lugares/francia/ars/a_ars3.htm